

# La crítica de la novela indigenista colombiana: objeto y problemas\*

Criticism of the Colombian Indigenist Novel: Subject and Problems

*Juan Carlos Orrego Arismendi*  
Universidad de Antioquia

*Recibido: 4 de marzo de 2012. Aprobado: 8 de mayo de 2012*

**Resumen:** la novela indigenista colombiana se ha desarrollado, en términos generales, como la de los países andinos que suelen representar el subgénero en los trabajos de la crítica literaria latinoamericana. A pesar de ello, la crítica local se ha encargado de ese tipo de novela con evidente precariedad. La revisión de algunos estudios críticos representativos permite establecer, al menos, tres problemas determinantes: la fijación con la noción decimonónica de indianismo, la atención restringida a obras representativas y la fragmentación del trabajo crítico en comentarios de novelas específicas.

**Palabras clave:** indigenismo; novela indigenista; novela colombiana; crítica literaria colombiana

**Abstract:** the indigenist novel in Colombia has developed in a similar way of its correlative ones in the Andean countries that typically represent the subgenre in the Latin American literary criticism. However, local criticism related to this kind of novel has shown evident limitations. A review of some representative critical studies shows at least three decisive problems: adherence to the nineteenth-century notion of Indianism, an excessive focus on representative works and the reduction of criticism to comments on specific novels.

**Keywords:** Indigenism; Indigenist novel; Colombian novel; Colombian literary criticism.

---

\* Este artículo es producto de la investigación “Presencia inca en la novela colombiana”, registrada en el Sistema Universitario de Investigación de la Universidad de Antioquia.

## Introducción

En Colombia, la novela indigenista y su crítica especializada dejan ver desarrollos opuestos o, por lo menos, de proporciones para nada coincidentes: mientras la primera ha seguido, en términos generales, el mismo proceso verificado por el subgénero en países como Ecuador y Perú —esto es, los contextos en que el indigenismo ha sido visto como representativo a ojos de la crítica latinoamericana—, la segunda se ha producido con precariedad, ya sea porque se ocupa de muy pocas novelas entre las de tema indígena publicadas en el país o porque en las pocas veces en que lo ha hecho, no distingue el indigenismo como un momento o tendencia definida en la compleja historia literaria colombiana. Este artículo pretende examinar algunos de los factores que podrían haber determinado ese comportamiento crítico.

Para mayor claridad en nuestra exposición, primero establecemos lo que entendemos por indigenismo literario, con apoyo en diversos intentos de definición presentes en la crítica latinoamericana del siglo xx (esto, por supuesto, ante la advertida ausencia de críticos colombianos). Acto seguido, ofrecemos un sucinto recuento de los procesos de surgimiento y evolución de la novela indigenista en Colombia, lo cual contrastamos con su correspondiente recepción en los que, a nuestro juicio, son los trabajos críticos más representativos. Enseguida presentaremos, tanto a modo de discusión como de aporte informativo, nuestra reflexión a propósito de los condicionantes de la incompleta recepción de la novela indigenista por parte de la crítica. Finalmente, proponemos las conclusiones de rigor.

## El indigenismo literario latinoamericano

El *indigenismo* literario debe entenderse, necesariamente, como un momento o modalidad de la novela de tema indígena escrita en América Latina. El término, en el sentido crítico que ha prevalecido hasta hoy, lo habría usado por primera vez José Carlos Mariátegui, quien en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) se refiere al indigenismo como una manifestación literaria peruana que “tiene fundamentalmente el sentido de una reivindicación de lo autóctono”, y no tiene nada que ver con el indio como motivo “pintoresco” (Mariátegui, 1971 [1928]: 333). Una década después, Aída Cometta Manzoni amplía el concepto a la literatura continental y, en *El indio en la poesía de América* (1939), lo contrasta con el *indianismo*, expresión tomada del trabajo canónico de Concha Meléndez, *La novela in-*

*dianista en Hispanoamérica (1832-1889)* (1934). Pero mientras Meléndez llama indianista a cualquier obra literaria de tema indígena, Cometta Manzoni distingue la literatura indianista de la indigenista: “la primera se ocupa del indio en forma superficial, sin compenetrarse en su problema, sin estudiar su psicología, sin confundirse en su idiosincrasia. La literatura indigenista, en cambio, trata de llegar a la realidad del indio y ponerse en contacto con él” (Wogan, 1942: 468). Conservando ese sentido de modo general, la noción del indigenismo es retomada por Luis Alberto Sánchez en *Proceso y contenido de la novela hispano-americana* (1953), Julio Rodríguez-Luis en *Hermenéutica y praxis del indigenismo. La novela indigenista de Clorinda Matto a José María Arguedas* (1980), Antonio Cornejo Polar en *Literatura y sociedad en el Perú: la novela indigenista* (1980) y Tomás G. Escajadillo en *La narrativa peruana indigenista* (1994).

El trabajo de Escajadillo ofrece, quizá, la mejor síntesis sobre las reflexiones previas en torno a la novela de tema indígena; apenas importa que se refiera a la narrativa de su país: sus conclusiones pueden, en su mayor parte, extenderse al contexto latinoamericano. Para el crítico, son tres los periodos o modalidades de la narrativa de tema indígena: el indianismo, caracterizado por su visión exótica de la vida india, un paisaje “artificial” y un sello intensamente romántico, aunque susceptible de ser remplazado por una perspectiva modernista; el indigenismo, cuyos rasgos serían la superación de los dibujos idealizados, una “suficiente proximidad” a la vida indígena y la intención de reivindicar socialmente al nativo; y el neoindigenismo, interesado en plasmar contenidos míticos y, con ello, acrecentar el lirismo y renovar los recursos narrativos; asimismo, el neoindigenismo plantearía la problemática del indio en un marco social amplio y heterogéneo, es decir, multiétnico (Escajadillo, 1994: 38-78). Antonio Cornejo Polar, aunque prefiere apelar a una amplia acepción de indigenismo y denominar así toda la literatura de tema indígena escrita en Perú, distingue también varios momentos de una secuencia evolutiva hacia una expresión redonda: así, se refiere a manifestaciones incipientes en las crónicas de Indias, a un indigenismo romántico, a otro modernista, a uno psicológico y a otro en “plenitud” que expresa los conflictos entre las diversas sociedades, de base étnica, comprendidas en una misma formación nacional (Cornejo, 2005 [1980]: 37-53). De modo que, en uno y otro caso —y con inclusión de los otros críticos citados arriba—, el indigenismo literario debe entenderse como el momento específico, en una larga tradición discursiva sobre el indio, en que el dibujo

de este se hace con la intención de reflejar tal cual sus condiciones de vida y, con ello, insinuar o pedir su reivindicación social.

Menos consenso parece haber a la hora de establecer el origen del indigenismo. Algunos críticos —Sánchez (1976 [1953]: 498), Rodríguez-Luis (1980: 17)— consideran que *Aves sin nido* (1889), de la peruana Clorinda Matto de Turner, es la obra que inaugura el subgénero, habida cuenta de que, pese a la tradición exotista y pasadista hasta entonces vigente en la literatura continental, la novela se concentra en denunciar la explotación económica y moral de una familia indígena contemporánea a manos de las corruptas autoridades del pueblo de Kíllac, cerca de Cusco, con todo lo cual se proponen el amor familiar y la educación a la occidental como solución. Enrique Anderson Imbert, aunque tiene para sí que a Matto de Turner corresponde el lugar de “los que despiertan la conciencia social”, cree que el “ciclo de la literatura en pro de la masa indígena” empieza con *El padre Horán. Escenas de la vida cuzqueña* (1848) del peruano Narciso Aréstegui, en quien se percibe el interés —así sea de modo apenas incipiente y fragmentario— de denunciar la opresión tributaria que pesa sobre los campesinos indígenas (Anderson, 1993 [1954]: 280, 383). Mucho más radical es el juicio de Escajadillo, para quien toda la producción del siglo XIX está falseada por la idealización romántica y la falta de verismo psicológico, razón por la cual propone los *Cuentos andinos* (1920), del también peruano Enrique López Albújar como la primera manifestación de la narrativa indigenista propiamente dicha, “indigenismo ortodoxo”, en palabras del crítico (Escajadillo, 1994: 43). Dicho sea de paso, ese reconocimiento parece inspirarse en las reflexiones de Mariátegui, quien ya había señalado que el libro de López Albújar era “el primero que en nuestros tiempos explora esos caminos” (Mariátegui, 1971 [1928]: 336).

Lo anterior no hace otra cosa que realzar la comprensión amplia, con valor gradual, de Cornejo Polar: por más que pueda reconocerse un clímax o momento prototípico del indigenismo, quizá sea forzoso admitir que el componente esencial de la “reivindicación social” del indio se ha materializado de varias maneras y con distinta intensidad desde la tradición cronística hasta hoy, y de modo tal que resulta difícil, si no imposible, establecer el punto cero de su manifestación. Por más que Manuel González Prada (1972 [1908]) y José Carlos Mariátegui (1971 [1928]) hayan establecido que la única reivindicación posible de la condición indígena debe basarse en el resarcimiento económico —una lección asumida por el indigenismo literario

de los años treinta del siglo xx, en cuyo centro están los nombres canónicos de Jorge Icaza, José María Arguedas y Ciro Alegría—, no puede negarse la importancia de denuncias humanitarias y redenciones pedagógicas como las de Clorinda Matto de Turner —enunciadas en un contexto de planificaciones nacionales en que el indio no era tenido en cuenta—, como tampoco la de las expresiones de legitimación de la venganza histórica de los indios sometidos desde la conquista, muy comunes en leyendas y cuadros de costumbres decimonónicas que, convencionalmente, han sido vistos como meras especies del indianismo exotista; nos referimos a producciones como las del peruano Ricardo Palma, la argentina Juana Manuela Gorriti y el ecuatoriano Juan León Mera. Incluso sería necesario, de cara al surgimiento de la literatura indigenista, sopesar —como lo hace Cornejo Polar (2005 [1980]: 38-39)— el papel cumplido por la visión de mundo mestiza propalada por Inca Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios reales* (1609).

Así pues, el proceso del indigenismo literario ha sido de una lenta y constante decantación que impide situar con entera objetividad su mojón inaugural. Como veremos a continuación, el caso colombiano replica en términos generales el mismo orden de cosas: un proceso de avance, entre gradual y latente, hacia las modalidades más reconocidas de la expresión reivindicatoria.

### **La novela indigenista colombiana**

Al indigenismo colombiano lo antecede, como en buena parte de los países latinoamericanos en que se ha cultivado la novela de tema indígena, una expresión indianista. Así lo prueban novelas como *Yngermina o la hija de Calamar* (1844) del atlanticense Juan José Nieto, la saga de tema incásico publicada por el boyacense Felipe Pérez —una serie compuesta por las novelas *Huayna Capac*, *Atahualpa* (1856), *Los Pizarros* (1857) y *Jilma* (1858)— y la novela *El último rei de los muisca* (1864) de Jesús Silvestre Rozo. En todas ellas, los personajes indios pertenecen al pasado —los albores de la conquista— y, en consecuencia, se construyen con el exotismo que se asocia a los antiguos reinos y naciones autóctonos; además de ello, las tramas corresponden a dramáticas lecciones a favor de una moralidad occidental, no pocas veces legitimadora de la dominación española sobre América. En la novela de Nieto, por ejemplo, la princesa india Yngermina se une en matrimonio al conquistador Alonso de Heredia y sume a su belicoso

pueblo en un ambiente de concordia cristiana; en las obras de Pérez, a su vez, la gallardía de Pizarro legitima el sojuzgamiento de un incario idólatra, mientras que, en la novela de Rozo, la pareja india de Jafitereva y Bitelma se suicida a causa de la dolorosa conciencia de su impureza moral. No solo ocurre que estas propuestas narrativas quepan perfectamente en el indianismo descrito por los críticos arriba mencionados para Perú y América Latina en general: también sucede que algunas de estas novelas colombianas son de las primeras, en su especialidad temática, publicadas en el continente, según se colige de los inventarios bibliográficos de Concha Meléndez (1934: 189-190) y Luis Alberto Sánchez (1976 [1953]: 496-498).<sup>1</sup>

Paralelamente al desarrollo de ese indianismo —que coronó el siglo XIX con breves obras folletinescas como *Koralia: leyenda de los llanos del Orinoco* (1871) de José Joaquín Borda, *La novia del Zipa* (1881) de Emilio A. Escobar y *Cecilia o la guerra de los Yaraguíes* (1884) de A. Caicedo D'Elhúyar, y tocó el XX con dos novelas de Soledad Acosta de Samper, *Aventuras de un español entre los indios de las Antillas* (1905) y *Un hidalgo conquistador* (1907)—, fueron manifestándose, esporádicamente, trazas de lo que más tarde sería el indigenismo ortodoxo colombiano. En 1860, Eugenio Díaz Castro publicó “María Ticince o los pescadores del Funza” en *El Mosaico* de Bogotá: un cuadro de costumbres que relata las dramáticas peripecias de una familia indígena —contemporánea del autor— para pescar en el río y obtener así su sustento básico, habida cuenta de la prohibición de hacerlo dictada por un gamonal; en los márgenes, por medio de los diálogos de los protagonistas, se denuncia la manipulación electoral del individuo indígena y la parcelación de los resguardos. En la siguiente década, la novela *Los gigantes* (1875) de Felipe Pérez, aunque reconstruye los hechos del 20 de julio de 1810 en una trama que excluye a la masa indígena del nuevo proyecto político, acude a los apuntes geográficos de Agustín Codazzi para describir, con apreciable realismo, la vida de los grupos indígenas de los llanos y selvas del oriente colombiano. Finalmente, hacia el final del siglo, *La*

1 De hecho, el examen del corpus trabajado por Concha Meléndez en *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)* (1934) sugiere que las novelas de Juan José Nieto y Felipe Pérez son las primeras de tema indígena publicadas por suramericanos. Meléndez menciona, como publicada en 1839, la novela folletinesca *Gonzalo Pizarro* del peruano Manuel Ascensio Segura; pero, si por un lado la obra se publicó realmente en mayo de 1844 (Silva-Santisteban, 2004: 8, n. 2) —lo que la hace simultánea a *Yngermina o la hija de Calamar*—, por el otro su trama tiene que ver con desaguizados políticos entre españoles a raíz de la rebelión de Gonzalo Pizarro contra la monarquía española, y en ningún sentido con indígenas: a estos apenas se los menciona, fugazmente, como entidades extintas.

*ciudad de Rutila* (1895) del nariñense Florentino Paz alude alegóricamente al levantamiento indígena pastuso contra las fuerzas republicanas verificado en la época de la independencia (de hecho, ya en *Amores de estudiante* [1865] de Próspero Pereira Gamba se había mencionado una revuelta indígena en Tierradentro, capitaneada por Ibito).

En el siglo xx, al término de un aparente vacío en la producción de novela de tema indígena que iría entre 1907 y 1924, aparece *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera: en su registro —a medio camino entre un modernismo exotista y el realismo telúrico que se le ha reconocido en la mayoría de las páginas críticas—, los indios guahibos de los llanos y los individuos de varias tribus selváticas enganchados a la empresa cauchera se dibujan con realismo naturalista, esto es, con cierta fijación hacia rasgos negativos opuestos a cualquier idealización. Por supuesto, se hace evidente la intención de denuncia respecto de las crueldades de los colonos del caucho; una cruzada intensificada en *Toá. Narraciones de cauchería* (1933) del antioqueño César Uribe Piedrahíta, donde las descripciones de las torturas infligidas a los indios remisos a la tarea extractiva son particularmente crudas: “Rompiéron los toscos envoltorios de hojas verdes de palma y rodaron por el suelo las cabezas sangrientas de medio centenar de indígenas. Sacudieron los cestos y cayeron otros despojos exangües: manos, orejas, órganos genitales” (Uribe, 1978 [1933]: 90). Asimismo, la novela da cuenta de los levantamientos indígenas suscitados por las masacres. Ya en la década anterior, *La obsesión* (1926) de Daniel Samper Ortega había plasmado el mismo drama de afrenta y venganza en el nivel individual: el drama del indio sabanero José Tobo, levantado contra su patrón para redimir la violación de su mujer. En cierto sentido, este grupo de novelas representa en Colombia lo que en Perú significó *Aves sin nido*: son el despertar de una conciencia solidaria y reivindicatoria frente a la situación del indígena, aunque en un plano sobre todo humanitario y no económico: a pesar de los maltratos y excesos denunciados, en ninguna de estas novelas se plantea la cuestión de quién debe poseer legítimamente la tierra productiva; de hecho, Arturo Cova, el narrador de *La vorágine*, parece legitimar la industria cauchera en virtud del arrojío de sus adalides: “Hay un valor magnífico en la epopeya de estos piratas que esclavizan a sus peones, explotan al indio y se debaten contra la selva” (Rivera, 1985 [1924]: 196).

Pasada la década de los treinta, esto es, cuando ya se ha consolidado el indigenismo ortodoxo en Perú y Ecuador y cuando, en Colombia, los proyectos de modernización agraria del gobierno liberal de Alfonso López Pu-



marejo habían propiciado intensos contactos entre intelectuales e indígenas (algunos de ellos al tanto de las prédicas economicistas de Mariátegui, según ha expuesto Brett Troyan [2008: 8-11]), surge en el país la modalidad más representativa del indigenismo: la que reclama la tierra para el indio y, en consecuencia, señala las expropiaciones agrarias de los blancos como el verdadero quid del conflicto. En *José Tombé* (1942), del antropólogo caucano Diego Castrillón Arboleda, ese tipo de reivindicación se expresa claramente en boca de su protagonista:

Antes me decía mama, que podíamos sembrar donde queríamos, porque nacimos aquí y semos hijos de la tierra y siempre vivimos cultivándola y semos igual que los árboles..., y un día suben pu el quemau los blancos y derriban los árboles, y hacen potrero, y cogen las lomas pa dale la yerba a sus puercas bestias..., y diay nos roban los arriendos (Castrillón, 1942: 68).

Resulta muy significativo que en un estudio relativamente temprano de la novela de tema indio en América latina, “The *Indianista* Novel since 1889” (1950), Gerald Wade y William Archer destaquen la estructura de *José Tombé* sobre la de muchas novelas del subgénero escritas en el continente y la encuentren del todo representativa (Wade y Archer, 1950: 215-216).

En la misma línea de la obra de Diego Castrillón Arboleda se inscribe una novela cuyo título no podría ser más expresivo: *La tierra es del indio* (1955) del quindiano Jaime Buitrago. Sin embargo, el inventario de época no quedaría completo si no se consideraran, al menos, cuatro novelas adicionales: dos obras de sendos nariñenses —esto es, de dos autores adscritos al complejo cultural de base incásica en que descansa el indigenismo ortodoxo andino—, *Los Clavijos* (1943) de Juan Álvarez Garzón y *Chambú* (1947) de Guillermo Edmundo Chaves, cuyas tramas involucran revueltas indígenas alentadas por argumentos de índole económica; y dos novelas sobre las relaciones conflictivas entre la industria extractiva y el equilibrio social de las comunidades indígenas: *Andágueda* (1946) del antioqueño Jesús Bote-ro Restrepo, en que se describe la minería del oro aluvial en territorios de los embera-chamí, y *Orú: aceite de piedra* (1949) del nortesantandereano Gonzalo Canal Ramírez, una historia de cómo la expansión de la industria petrolera acaba arrinconando a los motilones del Catatumbo.

Finalmente, es necesario advertir que todavía se escribió novela indigenista en la Colombia finisecular, por no mencionar la abundante literatura de tema indígena publicada en lo que va corrido del siglo XXI. Paralelamente al



momento neoindigenista de la literatura latinoamericana —pródigo en argumentos apoyados en mitos y cosmovisión nativa y, por lo demás, especialmente manifiesto en Colombia por influjo de la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América—, la clásica reivindicación indigenista mantuvo su vigencia literaria. Así lo prueban, al menos, novelas como *La Gaitana* (1959) de Luis Hernando Vargas Villamil, *Palabra de fuego* (1988) de Fernando Soto Aparicio y *Las vidas del cura Lame* (1995) de María Teresa Herrán. Sin embargo, era esperable tal orden de cosas si se atiende a una reflexión de Antonio Cornejo Polar, para quien, mientras perviva la conformación heterogénea de las sociedades latinoamericanas, la toma de conciencia en los diversos países se ejercerá, en buena parte, a través de la novela indigenista (Cornejo, 2005 [1980]: 69). En el mismo sentido, y ya en el caso específico de la novela colombiana, Ernesto Mächler Tobar, en su tesis doctoral *Vision de l'indien à travers le roman colombien du XXe siècle* (1998), concluye: “la permanencia real del indio nos permite aseverar que mientras este exista, habrá novela indigenista; existiendo el personaje, existirá la novela” (Mächler, 1998, II: 579; traducción del autor).

### La crítica ante la novela indigenista colombiana

Entendida como momento o proceso literario, la novelística indigenista colombiana —incluso, la manifestación literaria indigenista en general— no ha sido estudiada por la crítica, ya se trate de la nacional o la continental.<sup>2</sup> Al respecto, es sintomático que, al cierre del siglo xx, en uno de los pocos trabajos que pretenden una comprensión diacrónica de la novela colombiana de tema indígena (el artículo “Presencia de lo indígena en la literatura colombiana” (2000) de Fabio Gómez Cardona) se reseñen las categorías de indianismo, indigenismo y neoindigenismo, tomadas de las fuentes peruanas, y se llegue a la conclusión de que “para el caso colombiano, es necesario afirmar de entrada que no hubo esta corriente, estos movimientos indigenistas en la literatura; en Colombia no ha existido esa tradición crítica, intelectual y social de pensamiento a nivel artístico y antropológico tan fuerte como en el Perú o en México” (Gómez, 2000: 54).

Con todo y que el sucinto panorama de la novela indigenista colombiana

2 Aclaremos que en nuestra apreciación apenas tenemos en cuenta los trabajos críticos publicados. Otro podría ser el panorama si se incluyeran algunas disertaciones doctorales inéditas que no hemos explorado o que conocemos apenas parcialmente, Keller (1949), Mächler (1998) y Gómez (2008b).

que ofrecimos más arriba niega de plano la impresión de Gómez Cardona, hay por lo menos parte de verdad en aquello de que en el país no se ha desarrollado una “tradicón crítica” fuerte que pudiera haberse ocupado de la literatura sobre el indio. La revisión de algunos estudios historiográficos y panorámicos de la literatura colombiana —entre ellos un par de canónicos manuales— prueba con creces esa precariedad, apenas paliada por los estudios o comentarios específicos, en formato de reseña de obra individual, que se han ocupado de algunas novelas indigenistas; sin embargo, sobre esa modalidad de trabajo crítico volveremos más adelante: por ahora nos concentraremos en el ilustrativo diagnóstico que permiten los trabajos generales.

Es particularmente sintomático que en *Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos* (1952) del jesuita José A. Núñez Segura —un estudio que, además de ser contemporáneo a la explosión del indigenismo colombiano, fue usado por muchos años en la educación secundaria— no se desarrolle el tema de la novela social, esto es, la gran familia literaria en que la crítica latinoamericana suele distinguir, como especie particular, al indigenismo. Por su parte, en *Evolución de la novela en Colombia* (1955), Antonio Curcio Altamar, aunque corrige la miopía de Núñez Segura formulando la categoría crítica de la “novela terrígena”, limita sus comentarios a *La vorágine* sin la pretensión de vincularla con ninguna otra novela de ambiente amerindio, como no sea *Los gigantes* de Felipe Pérez, a propósito de cierto rasgo retórico (Curcio, 1975 [1955]: 177-178). Asimismo, es curioso —por no decir desalentador— que el crítico apenas aluda a *José Tombé* de Castrillón Arboleda —y eso fugazmente— en el capítulo dedicado a la novela histórica, esto es, allí donde el corpus de novelas de tema indígena es, en su totalidad, indianista (84).

La noción de “novela terrígena” reaparece en un recuento crítico e historiográfico de Javier Arango Ferrer, *Dos horas de literatura colombiana* (1963), en que, gracias a la amplitud de miras del crítico, además de *La vorágine*, se reconocen asimismo los ejemplos de otras novelas de cuño indigenista como *Toá. Narraciones de caucherías* de Uribe Piedrahíta y *Orú: aceite de piedra* de Canal Ramírez. Sin embargo, para Arango Ferrer no es el indio el objeto central de esas plasmaciones literarias sino, a lo que parece, un simple elemento del decorado o, cuando más, un elemento de segundo orden: así lo sugieren las subcategorías de que se vale para dar cuenta de esas novelas: la selva, la frontera y lo campesino (Arango, 1963: 74-77). Bien es verdad que, más adelante, el crítico reconoce la orientación de *José*

*Tombé* hacia la discusión de la problemática agraria —razón por la cual pone la novela de Castrillón Arboleda junto a las de Jorge Icaza y Ciro Alegría—, pero no por ello vislumbra ninguna tradición propiamente indigenista en las letras colombianas, como no sea cierto entusiasmo indiófilo prematuramente extinto: “Aunque el problema indígena no tiene en Colombia la gravedad de otros países por el ínfimo porcentaje de la población, un movimiento científico-literario surgió en torno del indio, que duró lo que una buena intención” (77-78). Por su parte, Rafael Gutiérrez Girardot incluye comentarios sobre *La vorágine* y *Toá*. *Narraciones de caucherías* en el capítulo sobre la literatura colombiana del siglo xx incluido en el tercer volumen del *Manual de historia de Colombia* (1980), pero su análisis, concentrado sobre todo en los contenidos de violencia y denuncia de la explotación capitalista, no se acerca a la noción de indigenismo; lejos de eso, el crítico opta por relacionar el relato de Uribe Piedrahíta con la novela decimonónica de tema indígena:

La introducción de la mujer indígena, Toá, lo colocó en la tradición de la novela *indianista* del siglo xix [...]. Pero el aspecto indianista de la novela no es, como en Mera, intento de idealización de una ‘india’ (que en Mera resultó no serlo), sino un acento más de la atracción que ejerce el mundo libre de la vida no civilizada (Gutiérrez, 1980: 514-515).

En la década de los ochenta, el enfoque fragmentario de los “manuales” de literatura dificultó aún más la visualización del proceso literario en que hubo de florecer la novela indigenista. Muy representativo es el caso del *Manual de literatura colombiana* (1984) de Fernando Ayala Poveda, cuyo sistema expositivo se pliega a una periodización convencional que, sobre todo para el siglo xix, se obnubila con los hitos establecidos por cierto oficialismo literario —Eugenio Díaz, Jorge Isaacs, Luis Segundo de Silvestre, Eustaquio Palacios, José Manuel Marroquín— y pierde de vista el indianismo colombiano, y, con ello, la oportunidad de entender el proceso gestor del indigenismo. Enseguida, la organización de la exposición crítica en reseñas por autores —donde se aglutinan, con intención escolar, sinopsis de obras— agrava la dificultad de visualizar ningún proceso literario. La mejor prueba de ello es el hecho paradójico de que se presenten consecutivamente las biografías y reseñas críticas de autores y novelas como Gonzalo Canal Ramírez y *Orú: aceite de piedra*, Daniel Samper Ortega y *La obsesión*, Diego Castrillón Arboleda y *José Tombé* y Jesús Botero Restrepo y *Andágueda*, sin que eso lleve a Ayala Poveda a enunciar la existencia de una tradición

o momento indigenista en la literatura colombiana (Ayala, 1984: 282-287). Mientras tanto, el colectivo *Manual de literatura colombiana* (1988) entrega al albedrío y capacidad temática de cada articulista diversos temas de la historia literaria del país, y, en ese contexto, un artículo de Armando Romero sobre las novelas publicadas entre los años veinte y cuarenta del siglo xx —el periodo de la “novela colombiana de entreguerras”, según el crítico (Romero, 1988: 395)— es lo más cercano a un estudio del indigenismo; sin embargo, apenas se incluyen esquemáticos apuntes de *La vorágine*, *Toá. Narraciones de caucherías* y *4 años a bordo de mí mismo* (1934), esta última de autoría de Eduardo Zalamea Borda, y en la que se incluyen estampas modernistas —si no románticas— de la cultura wayúu. Rafael Humberto Moreno-Durán, en el capítulo “Literatura” incluido en la *Enciclopedia Colombia a su alcance* (1999), se refiere fugazmente a las mismas tres novelas de tema indígena, las que, junto con producciones relacionadas con la vida en provincia y las industrias extractivas, agrupa bajo la etiqueta del “telurismo” (Moreno-Durán, 2003 [1999]: 55-56).

La compilación *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo xx* (2000), dirigida por María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo, se pliega a la misma lógica en la selección de temas del manual de 1988. Pero a diferencia de los asuntos que se examinaron entonces, ahora se dedican varios capítulos exclusivamente a la literatura de tema indígena. Sin embargo, por influjo de lo que parece ser un enfoque poscolonialista en la aproximación crítica, la ficción de tema indígena aparece, como objeto de estudio, remplazada por las reescrituras de mitos aborígenes —los relatos de Flor Romero y Hugo Niño— y los testimonios indígenas impresos —los manifiestos de Manuel Quintín Lame y la autobiografía de la mujer u’wa Berichá—. <sup>3</sup> Prueba del desinterés por el indigenismo literario de parte de los autores del volumen o, mejor, de sus compiladoras, es una noticia errónea ofrecida en la introducción crítica del trabajo, donde se etiqueta como “novela indigenista y realista” a *Sima* (1939) del nariñense Alfonso Alexander

3 Sin embargo, anotemos que con tal orden de cosas también puede tratarse, al margen de la implementación de cualquier orientación posmoderna, de la asunción de una clásica explicación de José Carlos Mariátegui, para quien la literatura escrita por el indio debía ser entendida, en cierto sentido, como la eventual superación del indigenismo: “La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia alma. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla” (Mariátegui, 1971 [1928]: 335).

Moncayo (Jaramillo et al., 2000: 40), muy a pesar de que se trate, en realidad, de una novela sobre la vida urbana, la prostitución y el higienismo.

Finalmente, cabe mencionar los dos volúmenes de ensayos sobre literatura incluidos en la *Gran enciclopedia de Colombia* (2007), distribuida por el diario *El Tiempo*; un trabajo que, así como el ya citado de Moreno-Durán, representa el fenómeno de difusión masiva de libros de referencia con que, en los últimos lustros, la industria editorial ha querido salir al paso a la presión generada por la creciente oferta digital. El abordaje de lo indígena se concentra, sobre todo, en un examen de la literatura aborígen emprendido por Betty Osorio de Negret (2007: 11-18), pues más adelante, cuando *La vorágine* es presentada por Luis Carlos Herrera, la atención está puesta sobre la retórica y la transtextualidad dantesca (Herrera, 2007: 265-278). Asimismo, cuando Helena Iriarte Núñez estudia la “novela realista” en la primera mitad del siglo xx, de *La vorágine* y *Toá. Narraciones de caucheras* se toman insumos para analizar el simbolismo de la selva literaria y la denuncia de los excesos de la explotación cauchera, contexto, este último, en que la esclavitud y el exterminio del indígena parecen ser, en la perspectiva de la autora, nada más que rasgos o modalidades de ese sistema opresivo (Iriarte, 2007: 89-94). Relativamente lejos de advertir que en esas obras pueda darse —o por lo menos incubarse— una intensa manifestación indigenista, Iriarte Núñez vuelve sobre una vieja y borrosa etiqueta clasificatoria: de la novela de Uribe Piedrahíta dirá que “es la gran exaltación de lo telúrico” (94; el énfasis es nuestro).

## **Discusión: tres problemas de la crítica del indigenismo colombiano**

### *Prevalencia de la noción de indianismo*

En buena medida, la reticencia o ceguera crítica a la hora de asumir la existencia de un momento o proceso indigenista en la novela colombiana se explicaría en una fuerte tendencia a asociar la literatura de tema indígena con el indianismo. Ante la consolidación, relativamente tardía, de la etiqueta del indigenismo en el trabajo de la crítica latinoamericana, la perspectiva relativamente temprana y vigorosa con que se examinaron las primeras novelas de tema indio escritas en el país —en buena parte, preñadas del espíritu romántico y pasadista del siglo xix— acabó prevaleciendo como el contexto natural para estudiar y comprender todo el subgénero, sin importar sus pos-

teriores evoluciones.

Muy rápido se estableció, en Colombia, la similitud o proximidad entre la novela sobre el indio y la novela histórica. En *La novela en Colombia* (1908), Roberto Cortázar abre el capítulo dedicado a la “Novela histórica” con el examen de las cinco novelas históricas de tema indígena escritas por Felipe Pérez, concentrándose el crítico en establecer el grado de exactitud histórica entre las propuestas argumentales y las versiones ortodoxas del pasado (Cortázar, 2003 [1908]: 85-95). Las mismas clasificación e intención analítica se hacen presentes en *Evolución de la novela en Colombia* de Antonio Curcio Altamar, quien se ocupa de una docena de novelas de tema indígena en el capítulo de “La novela histórico-romántica” —ya mencionamos que una de ella es, extrañamente, *José Tombé*—, mientras que, en sus balances sobre la novela “terrible” y contemporánea del siglo xx —por lo menos las publicadas hasta 1953—, apenas se detiene en *La vorágine, Toá. Narraciones de caucherías y 4 años a bordo de mí mismo*, y en menor medida en *Andágueda* (Curcio, 1975 [1955]: 73-85, 175-185, 202-206 y 209-210). La canonización de esa mirada crítica vendrá con el que, quizá, sea el último trabajo publicado en que, con morosidad, se examina sistemáticamente un grupo importante de novelas colombianas de tema indio: *La novela histórica en Colombia 1844-1959* (1962) de Donald McGrady, en que 11 novelas son clasificadas bajo la categoría de “Novelas *indianistas* y de la Conquista” (McGrady, 1962: 61-107; el subrayado es nuestro). Producto de ese sesgo historicista es que el argumento de *La Gaitana* (1959) de Luis Hernando Vargas Villamil no sea asociado con las reivindicaciones indigenistas, muy a pesar no solo de que plantee una cruda venganza nativa contra las crueldades y exacciones hispánicas, sino de que el motivo del indio que asesina a su verdugo ya hubiera sido popularizado en varias novelas del indigenismo ortodoxo latinoamericano de las décadas previas al trabajo de McGrady.

Como quiera que sea, es necesario reconocer que la categoría indigenismo se consolidó tardíamente no solo en Colombia sino, en general, en América Latina. Por espacio de más de dos décadas, el término apareció apenas con intermitencia: José Carlos Mariátegui lo usó en 1928, Concha Meléndez lo hizo a un lado en 1934 —la crítica portorriqueña prefirió hablar de “novela indianista de reivindicación social” (Meléndez, 1934: 171)—, Aída Cometta Manzoni lo restableció en 1939<sup>4</sup> y Pedro Henríquez Ureña no

---

4 Vale la pena anotar que Concha Meléndez, en una reseña publicada al año que siguió al de la aparición del libro de Aída Cometta Manzoni, criticó la distinción establecida por esta y



lo tuvo en cuenta en su *Literary Currents in Hispanic America* (1945), en que prefirió hablar de “movimiento indianista sistemático” y “milicia indianista” (Henríquez, 1994 [1945]: 200; 271, n. 26; la traducción es de Joaquín Díez Canedo), con todo y que —según sugiere Luis Alberto Sánchez (1976 [1953]: 495)— el crítico dominicano conocía muy de cerca el trabajo de Cometta Manzoni por haberlo dirigido. En la misma línea, Gerald Wade y William Archer clasifican como “indianista” un conjunto de 33 novelas publicadas entre 1889 y 1949 (Wade y Archer, 1950: 218). La categoría indigenismo parece consolidarse definitivamente solo a partir de 1953, cuando Luis Alberto Sánchez retoma otra vez la distinción de Cometta Manzoni y analiza un significativo conjunto de novelas de tema indígena publicadas en el continente en un periodo más amplio que el estudiado por Wade y Archer.

Es necesario puntualizar que, aunque la tardía consolidación de la categoría indigenismo haya sido un fenómeno crítico general en el continente, la consecuencia de que la categoría indianismo se hubiera potenciado se materializó especialmente en Colombia debido a la temprana e intensa relación establecida por la crítica local entre la novela de tema indio y el romanticismo historicista, ratificada por varias décadas en trabajos académicos canónicos. Agotado el indianismo —en cierto sentido, la única categoría usada para pensar la novela de tema indígena— con las versiones históricas del indio literario, para el personaje nativo del realismo y para sus problemáticas económicas apenas habrá cabida en las categorías, muy generales, de lo *terrágena* o lo *telúrico*.

### *Concentración en autores y libros representativos*

La crítica de la novela indigenista colombiana ha reducido su alcance por concentrarse en un puñado de obras que se han establecido como canónicas o representativas del subgénero, cuando no ha ocurrido que el interés por ciertos hitos literarios internacionales ha desviado todo el interés por las novelas publicadas en el país. De lo segundo, pocos casos son tan ilustrativos como el de Antonio García Nossa —quizá el más importante crítico colombiano del indigenismo latinoamericano—; y a propósito de lo primero, los

---

defendió su punto de vista de 1934: “Mis amigos peruanos prefieren el término ‘indigenista’ para la literatura indianista de hoy. Pero, ¿no sería más propio llamar a toda la literatura que de un modo u otro simpatiza con el indio, *indianista* y marcar sus varios matices a través del tiempo? En el mismo caso están *indigenista* e *indio*. Yo me decidí hace tiempo por *indianista* contra *indigenista*, vocablo indeseable hasta por razón de eufonía” (Meléndez, 1940: 259).



párrafos anteriores ya han insinuado que en un número importante de trabajos de historiografía y crítica literaria se impone cierto interés excluyente por las novelas referidas al contexto de la cauchería.

Según Brett Troyan, el historiador y economista cundinamarqués Antonio García Nossa fue una de las figuras más influyentes del pensamiento indigenista en Colombia; de hecho, lo llama “arquitecto del indigenismo político” (Troyan, 2008: 10; la traducción es nuestra). Fue él quien escribió el prólogo de la primera edición de *Toá. Narraciones de caucherías*, bajo la impresión de que en esa obra se manifiesta una nueva modalidad de novela sobre el indio:

Se pensará que el mundo que respira en estas páginas, abismado en su propia soledad, es un mundo simbólico de prototipos o un infierno ideal donde todos los hombres, por un imperativo biológico, son materia permanente de una monstruosa épica. [...] Este libro de César Uribe tiene un valor central: el de ser verdaderamente, temerariamente humano (García, 1978 [1933]: 9, 10).

Sin duda, el autor conoce la expectativa indianista presente en el lector común, y por eso cree necesario aclarar que ahora se trata de un nuevo registro estético. Sin embargo, García Nossa no se interesó más por el indigenismo colombiano: poco después viajó a Ecuador movido por el suceso que significó la publicación de *Huasipungo* (1934) de Jorge Icaza —así, por lo menos, lo cree Roberto Pineda Camacho (1984: 224)—, una novela que desde su misma aparición fue reeditada con regularidad (Adoum, 1980: XLVI). El crítico colombiano escribió, tempranamente, páginas críticas sobre *Huasipungo*, en las que la reconoce como “la mejor novela del indio”, y tiene para sí que Icaza “no incurre en el error” de fundir la individualidad indígena en el paisaje, como si lo hacen, a su juicio, José Eustasio Rivera y César Uribe Piedrahíta en sus novelas de ambiente selvático (García, 1939: 104-105).

En 1941, en una de las entregas de la *Revista de las Indias* de Bogotá, Antonio García Nossa publicó un nuevo trabajo de crítica literaria indigenista: un ensayo sobre *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría, obra que acababa de ser galardonada, en Nueva York, con el primer premio del Concurso Latinoamericano de Novela de la editorial Farrar & Rinehart. El crítico, como en sus páginas sobre Icaza, recurre una vez más a las ponderaciones superlativas: “Pero nadie como el novelista ha hecho una tan apasionante biografía del hombre de puna y cordillera”; “esta novela que

por entrañable y hondamente americana, posee una fuerza extraordinaria de irradiación universal” (García, 1941: 26, 36). Mientras tanto, la aparición casi inmediata de *José Tombé* no mereció del crítico ningún comentario, y si la redacción de la *Revista de las Indias* decidió incluir una breve reseña a finales de 1942, en ella no se aclara que los personajes son indígenas ([Anónimo], 1942: 133-134). García Nossa habría de reaparecer como crítico literario en *Sociología de la novela indigenista en el Ecuador. Estructura social de la novelística de Jorge Icaza* (1969), una monografía en que no solo vuelve a declarar el magisterio de Icaza —anota que él ha elevado el problema del indio a tema universal, y que por su agudeza ha sabido comprender la compleja situación económica del indio de su país (García, 1969: 7, 9-15)—, sino que, a la hora de efectuar un balance andino del “indigenismo revolucionario”, no se menciona ningún autor colombiano (17-23).

Casi sobra decir que, como una réplica a menor escala del fenómeno de concentración de la mirada crítica en la producción latinoamericana entendida como representativa, la crítica local ha tenido por suficiente ilustración en el estudio sobre la literatura de tema indio —porque, como hemos apuntado, no hay ningún esfuerzo por comprender específicamente el indigenismo— el examen de las novelas de la primera hornada de novelas indigenistas colombianas: las novelas que, como *La vorágine* y *Toá. Narraciones de caucherías*, nada más allanan la necesidad de denunciar la crueldad y la esclavitud que oprimen al nativo (manifestaciones típicas, entre varias, de la imponderable ferocidad de la vida selvática), y que son ajenas a la discusión agraria que define el momento ortodoxo —o pleno— del subgénero.

### *Estudio fragmentario de autores y obras*

A un lado de los trabajos historiográficos y panorámicos que aluden a la novela colombiana de tema indígena, el subgénero también ha sido abordado en artículos o en libros en que un mismo autor compila reseñas o ensayos sobre obras específicas. La segunda de esas manifestaciones críticas ha sido relativamente común en las últimas décadas, pues al ya mencionado *Manual de literatura colombiana* de Fernando Ayala Poveda habría que sumar la serie de estudios de Álvaro Pineda Botero compuesta por *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana 1650-1931* (1999), *Juicios de residencia. La novela colombiana 1934-1985* (2001) y *Estudios críticos sobre la novela colombiana 1990-2004* (2005).

Atrás hemos señalado que el principal problema de la exposición crítica por acumulación de reseñas es que no logra vislumbrar el carácter de proceso que reviste la novela indigenista, la cual no solo deviene de otra modalidad literaria —la indianista—, sino que, en sí misma, está compuesta por una serie de evoluciones que llevan su planteamiento reivindicatorio desde el reclamo humanitario hasta una discusión de carácter económico. Como hemos anotado, Ayala Poveda no advierte ese orden de cosas muy a pesar de alinear, en su estudio, comentarios sobre un conjunto de novelas publicadas entre 1926 y 1949 que, en cierto sentido, representan las diversas modalidades del reclamo indigenista. El carácter fragmentario del enfoque del crítico llega al extremo de que las novelas no son organizadas atendiendo a ninguna cronología y, así, el examen de *Orú: aceite de piedra* de Canal Ramírez antecede al de *La obsesión* de Samper Ortega, por más que esta haya sido publicada trece años antes; asimismo, no se establecen relaciones entre las eventuales influencias de *La obsesión*, protagonizada por el campesino indio José Tobo, con *José Tombé* de Castrillón Arboleda, explosión, en la novela colombiana, de la discusión agraria en el contexto de los territorios indígenas; como tampoco se liga ese asunto con lo que puede entenderse como su intensificación: la incursión de las industrias extractivas en tierras ancestrales, tal y como lo propone *Andágueda* de Botero Restrepo. A Ayala Poveda parece bastarle, para justificar su reunión de reseñas y el orden que les confiere, que las novelas se acojan a los rasgos generales de una categoría global, “El realismo social”, una de cuyas características es que “Busca personajes a todos los niveles” (Ayala, 1984: 257); así, basta con verificar que haya indígenas en las páginas referidas.

Mientras tanto, Álvaro Pineda Botero, aunque pondera con criterio el componente indígena de novelas como *La vorágine* y *La obsesión* —la primera sería expresión de una avanzada civilizatoria en la selva, cuyo habitante indígena es visto todavía de modo despectivo; la segunda, un drama campesino que sienta las primeras bases del indigenismo (Pineda, 1999: 469-504, 523-526)—, pierde de vista el contexto cultural y político de su aparición. Así, no se sitúa en la mejor posición para advertir que, en los dos años que separan las dos novelas, está eclosionando en América Latina, precisamente, el discurso economicista del indigenismo. Acto seguido, es de reducido aporte que Pineda Botero declare el anticipo de un subgénero del que no incluye ninguna obra representativa en el corpus de novelas de su larga serie de reseñas críticas. En síntesis: la posibilidad de ofrecer una visión

plausible del proceso indigenista se pierde no solo porque no se relacionan las obras del subgénero, sino porque la selección de novelas que deben ser representadas por sus respectivas reseñas implica, por regla, la exclusión indiscriminada de obras. Así sea involuntariamente, el crítico vende una idea de la sucesión histórica de las novelas colombianas en que el indigenismo ha muerto en su propia cuna.

Finalmente, cabe mencionar un caso que tanto significa un nuevo ejemplo de los problemas de la fragmentación del estudio crítico del indigenismo cuanto su redención. En los últimos años, Fabio Gómez Cardona ha publicado sendos estudios sobre *Lejos del nido* (1924) de Juan José Botero, *La vorágine* y *José Tombé*, y, a pesar de la proximidad cronológica de esos trabajos —aparecidos entre 2008 y 2010— y del hecho de que a cada una de las obras correspondería, en cierto sentido, una modalidad de indio literario —el del romanticismo, el del realismo telúrico y el del indigenismo militante estilizado (Gómez, 2008a, 2009 y 2010)—, las relaciones establecidas por el crítico son apenas incipientes, y tienen que ver sobre todo con las diversas representaciones de la violencia interétnica (Gómez, 2009: 88-89). En consecuencia, tampoco hay allí —por lo menos aparentemente— una ponderación aceptable del proceso literario indigenista. No obstante, debe advertirse que, en el caso de Gómez Cardona, hay algo más que miopía crítica: median, en este caso, circunstancias editoriales no conocidas por las que una obra unitaria de crítica de la novela de tema indígena se convierte en un puñado de artículos independientes; así lo hace suponer esta noticia del autor: “*La vorágine*, de José Eustasio Rivera, y *José Tombé*, de Diego Castrillón Arboleda, [...] han sido trabajadas por mí en la [...] tesis doctoral [*Interculturalité et violence ethnique dans la littérature colombienne du XXe siècle*], en conjunto con otras obras colombianas de temática indígena del siglo XX” (Gómez, 2009: 89).

## Conclusiones

La novela indigenista colombiana se ha desarrollado, en términos generales, como la peruana y ecuatoriana, esto es, las que suelen representar el subgénero en los trabajos críticos latinoamericanos. Eso significa, sobre todo, que la especie colombiana también ha surgido de la evolución de la modalidad romántica indianista —una evolución que la ha puesto más cerca de la realidad indígena—, y que ha plasmado su intención de reivindicar

socialmente al indio a través de varios modos o etapas, principalmente dos: un reclamo de base humanitaria y otro de base económica. A pesar de eso, la novela indigenista colombiana no ha sido suficientemente reconocida por la crítica de su país, que no la vislumbra o, si lo hace, no se ha puesto en capacidad de entender su proceso formativo ni su carácter indigenista específico.

Ante la necesidad de explicar la miopía de la crítica colombiana frente a la novela indigenista, pueden establecerse tres hechos —por lo menos transitoriamente, hasta tanto no se efectúe un balance más completo de la producción crítica— como determinantes. El primero de esos hechos es la propensión de los críticos a situar toda la producción novelesca de tema indígena —o por lo menos buena parte de ella— entre los marcos del indianismo, esto es, un tipo de novela tendiente a dibujar al indio como una entidad del pasado, a escamotear la realidad de su situación social por medio de la idealización o a desdeñarlo como un elemento no idóneo para tomar parte en la vida nacional; de ahí que no se perciba, en todas sus implicaciones, la reivindicación propia del indigenismo. El segundo hecho es la tendencia de otros críticos del subgénero a concentrarse exclusivamente en obras tenidas por representativas o canónicas, gesto que puede implicar tanto la marginalización de la producción colombiana a favor de la internacional como que no se tengan en cuenta novelas nacionales de escasa divulgación. Con esa óptica, se dificulta notoriamente la comprensión del proceso del indigenismo. Ello se agrava al considerar el tercer hecho: cierta tendencia de la crítica —al menos, de algunos críticos que se han interesado por obras indigenistas— a estudiar la novela con un enfoque cerrado de reseñas o ensayos especializados en que no se favorecen reflexiones intertextuales o contextuales.

La precariedad de la crítica de la novela indigenista colombiana está lejos de ser un problema de segundo orden, y ni siquiera porque se acepte la paradójica buena salud de la producción que es su objeto. Sin la debida recepción crítica, esto es, sin la mediación que precisa, para dinamizarse, el diálogo entre los textos, la novelística indigenista colombiana es poco menos que inexistente; basta recordar una advertencia de Ángel Rama que ha acabado por hacerse clásica: aquella de que “La crítica no construye las obras [pero] sí construye la literatura” (Rama, 1982: 15). Al respecto, conviene considerar el hecho —manifiesto en las últimas décadas— de que la crítica internacional del indigenismo latinoamericano ha convertido en un lugar común la exclusión de la producción colombiana (Lazo, 1971; Rama, 1974; Rodríguez-Luis, 1980; Favre, 1996). Sin embargo, la persistencia, to-

davía hoy, de la novela indigenista, supone el alivio de esperar un súbito fortalecimiento del trabajo crítico.

## Bibliografía

- Adoum, Jorge Enrique. (1980). “Prólogo”. En: *Narradores ecuatorianos del 30*. Caracas: Ayacucho, IX-LXI.
- Anderson Imbert, Enrique. (1993). *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: F. C. E., tomo I.
- “José Tombé, por Diego Castrillón Arboleda”. (1942). *Revista de las Indias*, 48, 133-134.
- Arango Ferrer, Javier. (1963). *Dos horas de literatura colombiana*. Medellín: La Tertulia.
- Ayala Poveda, Fernando. (1984). *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Educar.
- Castrillón Arboleda, Diego. (1942). *José Tombé*. Bogotá: Antena.
- Cornejo Polar, Antonio. (2005). *Literatura y sociedad en el Perú: la novela indigenista / Clorinda Matto de Turner, novelista. Estudio sobre Aves sin nido, Índole y Herencia*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar / Latinoamericana.
- Cortázar, Roberto. (2003). *La novela en Colombia*. Medellín: Universidad Eafit.
- Curcio Altamar, Antonio. (1975). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Colcultura.
- Escajadillo, Tomás G. (1994). *La narrativa indigenista peruana*. Lima: Amaru.
- Favre, Henri. (1996). *L'Indigenisme*. París: Presses Universitaires de France.
- García, Antonio. (1939). *Pasado y presente del indio*. Bogotá: Centro.
- (1941). “La novela del indio y su valor social. Breve análisis de Ciro Alegría”. *Revista de las Indias*, 36, 26-39.
- (1969). *Sociología de la novela indigenista en el Ecuador. Estructura social de la novelística de Jorge Icaza*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- (1978). “Prólogo a la primera edición”. En: César Uribe Piedrahíta. *Toá*.

- Narraciones de caucherías*. Medellín: Bedout, 9-11.
- Gómez Cardona, Fabio. (2000). "Presencia de lo indígena en la literatura colombiana". *Poligramas*, 16, 51-65.
- (2008a). "Emergencia del mito americano en *La vorágine*". *Poligramas*, 30, 241-268.
- (2008b). *Interculturalité et violence ethnique dans la littérature colombienne du XXe siècle*. (Tesis inédita). Université Michel de Montaigne, Burdeos.
- (2009). "Etnicidad y violencia en la novela *Lejos del nido*". *Poligramas*, 31, 83-105.
- (2010). "Silencios y ocultamientos en la novela *José Tombé*". *Poligramas*, 33, 183-211.
- González Prada, Manuel. (1972). *Horas de lucha*. Lima: Universo.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1980). "La literatura colombiana en el siglo xx". En: Jaime Jaramillo Uribe (ed.). *Manual de historia de Colombia*. Bogotá: Colcultura, tomo III, 445-536.
- Henríquez Ureña, Pedro. (1994). *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Bogotá: F. C. E.
- Herrera, Luis Carlos. (2007). "José Eustasio Rivera, poeta y novelista". En: Fernando Wills Franco (ed.). *Gran enciclopedia de Colombia. Literatura 1*. Bogotá: Círculo de Lectores / El Tiempo, 265-278.
- Iriarte Núñez, Helena. (2007). "La novela del realismo (1896-1954)". En: Fernando Wills Franco (ed.). *Gran enciclopedia de Colombia. Literatura 2*. Bogotá: Círculo de Lectores / El Tiempo, 83-109.
- Jaramillo, María Mercedes et al. (2000). "Estudio preliminar". En: María Mercedes Jaramillo et al. (eds.). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo xx*. Bogotá: Ministerio de Cultura, tomo I, 11-85.
- Keller, Jean. (1949). *The Indian in the Literature of Colombia*. (Tesis inédita). University of Washington, Washington.
- Lazo, Raimundo. (1971). *La novela andina. Pasado y futuro*. México: Porrúa.
- Mächler Tobar, Ernesto. (1998). *Vision de l'indien à travers le roman colombien du XXe siècle*. Dos tomos. (Tesis doctoral inédita). Université de Paris III, Sorbonne Nouvelle, París.
- Mariátegui, José Carlos. (1971). *7 ensayos de interpretación de la realidad*



*peruana*. Lima: Amauta.

- McGrady, Donald. (1962). *La novela histórica en Colombia 1844-1959*. Bogotá: Kelly.
- Meléndez, Concha. (1934). *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*. Madrid: Universidad de Puerto Rico.
- (1940). “El indio en la poesía de América, Aída Cometta Manzoni. Buenos Aires, Joaquín Torres Editor, 1939”. *Revista Iberoamericana*, II, 3, 255-259.
- Moreno-Durán, R. H. (2003). “Literatura”. En: Gabriel Iriarte Núñez (ed.). *Enciclopedia Colombia a su Alcance*. Bogotá: Planeta, tomo II, 13-79.
- Núñez Segura, José A. (1952). *Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos*. Medellín: Bedout.
- Osorio de Negret, Betty. (2007). “Literatura indígena en Colombia”. En: Fernando Wills Franco (ed.). *Gran enciclopedia de Colombia. Literatura I*. Bogotá: Círculo de Lectores / El Tiempo, 11-18.
- Pineda Botero, Álvaro. (1999). *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana 1650-1931*. Medellín: Universidad Eafit.
- Pineda Camacho, Roberto. (1984). “La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950)”. En: Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann (eds.). *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*. Bogotá: Etno, 197-251.
- Rama, Ángel. (1974). “El área cultural andina (hispanismo, mestizaje, indigenismo)”. *Cuadernos Americanos*, CXCVII, 6, 136-173.
- (1982). *La novela latinoamericana 1920-1980*. Bogotá: Colcultura.
- Rivera, José Eustasio. (1985). *La vorágine*. Bogotá: Oveja Negra.
- Rodríguez-Luis, Julio. (1980). *Hermenéutica y praxis del indigenismo. La novela indigenista de Clorinda Matto a José María Arguedas*. México: F. C. E.
- Romero, Armando. (1988). “De los Mil Días a la Violencia: la novela colombiana de entreguerras”. En: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Planeta / Procultura, tomo I, 395-432.
- Sánchez, Luis Alberto. (1976). *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Madrid: Gredos.
- Silva-Santisteban, Ricardo. (2004). “Presentación”. En: Manuel Ascencio

- Segura. *Gonzalo Pizarro*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 7-11.
- Troyan, Brett. (2008). "Re-imagining the 'Indian' and the state: Indigenismo in Colombia, 1926-1947". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 65, 1-20. Consultado el 20 de octubre de 2011. <http://www.thefreelibrary.com//print/PrintArticle.aspx?id=187695583>.
- Uribe Piedrahíta, César. (1978). *Toá. Narraciones de caucherías*. Medellín: Bedout.
- Wade, Gerald E. y William H. Archer. (1950). "The *Indianista* Novel since 1889". *Hispania*, XXXIII, 3, 211-220.
- Wogan, Daniel. (1942). "Aída Cometta Manzoni, *El indio en la poesía de América española*. Buenos Aires, Joaquín Torres Editor, 1939, 220 p.". *Revista Iberoamericana*, IV, 8, 467-471.